

# NUESTRO TIEMPO

## LOS DOS UNIVERSALISMOS

“Hay dos universalismos — escribe J. Maritain, en su *Primauté du Spirituel*— como hay dos principados del espíritu. Un universalismo busca el principio de su unidad en el hombre mismo, considerado como la regla y el fin supremo, — y mezcla entonces todas las diversidades humanas en una gran confusión destinada a disolver los límites nacionales, y a instaurar la ciudad universal donde nuestra naturaleza se bastará a sí misma como la del ángel... primero utópica y humanitaria, esta unidad del hombre buscada fuera de Cristo se convierte al final, en su fase de realización positiva, en el pretexto de una violencia absoluta impuesta al hombre y de un despotismo inhumano”.

“El otro universalismo busca la unidad del hombre en el Padre de las criaturas; respetando todas las diversidades naturales, levanta por encima de las naciones la verdadera ciudad universal que es la Iglesia, donde el hombre, por la gracia sobrenatural, llega a la libertad de los hijos de Dios. Estos dos universalismos están en una oposición y en una guerra implacable. Aquí el hombre quiere divinizarse por su propia fuerza, allí está divinizado por la sangre del Dios encarnado. El primer universalismo es del diablo, homicida desde el comienzo, jefe de la Iglesia del mal. El segundo es del Redentor. El imperialismo bolchevique, con su esfuerzo de expansión mundial, parecería anunciar la época, en que no se encontrarán, aquí abajo frente a frente, sino el universalismo del Anticristo y el universalismo de Cristo”.

Así maravillosamente escribía Maritain en 1927. Y hoy esta página adquiere una verdad más sensiblemente dramática que cuando fué escrita. Porque estas dos fuerzas que actúan en sentido diametralmente opuesto, buscando el dominio absoluto de una misma y única realidad — que es la vida temporal del hombre — llegan hoy a un punto más decisivo de la lucha en que uno de los contendientes va a alcanzar la victoria completa con la consiguiente derrota, también completa, del otro. Este es el sentido de la historia humana, hoy, en que el comunismo moscovita, puesto por vez primera en la historia en la tarea de forjar la ciudad universal donde se lucha contra lo divino y se adora al Hijo de perdición (Pío XI), está desafiante amenazando el corazón de la Europa, lo cual vale decir el corazón de la Cristiandad.

Porque, aunque es cierto que en términos de pura posibilidad la Iglesia no está vinculada a ninguna región determinada de la tierra, sin embargo, desde el momento que la piedra angular de la Iglesia visible está indefectiblemente ligada a Roma, cabeza de Europa y del mundo, en Europa se juega, en forma decisiva, la causa misma de la Cristiandad.



Surgunt enim pseudo christi...

De la Cristiandad, digo, y no precisamente de la Iglesia. Porque, ¿qué es la Iglesia?, pregunta Bossuet. La Iglesia, contesta, es Jesucristo, pero Jesucristo, *repandu et comunicu*. Y la Iglesia, como Cristo, aun concebida como sociedad espiritual perfecta y visible, puede tener una existencia aberrante en la vida pública de los Estados, desconocida y desterrada, o puede, en cambio, transformarse, por su unión con los Estados, la vida misma temporal. En el primer caso podíamos comparar la Iglesia a las operaciones estrictamente espirituales del alma humana, que son las de entender y de querer, que puede ejercer el alma, aun cuando no informe ya ningún cuerpo. La Iglesia entonces, desterrada de la vida temporal de los pueblos, proscripta por la impiedad, puede continuar, con su acción propiamente sagrada, salvando almas individuales. Habría Iglesia y no habría propiamente *Cristiandad*; al menos no existiría en grado de ser públicamente perceptible.

La Cristiandad o civilización cristiana existe cuando la Iglesia, además de su acción propiamente sobrenatural, ejercida en las almas individuales, penetra la vida temporal de los pueblos, dándoles una forma y

modo de ser, también cristiano. “*Tan grande, en fin, — escribe Pío X en Il fermo proposito — es la eficacia de la verdad y de la moral enseñadas por Jesucristo, que aun el bienestar material de los individuos, de la familia y de la sociedad humana halla en ellas providencial sosten y favor. La Iglesia con predicar a Cristo crucificado, escándalo y locura a los ojos del mundo, vino a ser la primera institutriz y fautora de la civilización...*”

Volviendo al símil de la Iglesia, alma de la civilización cristiana, de la cual los individuos, familias y Estados son como el cuerpo, hemos de reconocer que así como el alma y el cuerpo se solicitan reciprocamente y no puede entenderse la plenitud de la actividad del alma sin las operaciones vegetativas y sensitivas que ejerce juntamente con el cuerpo, ni puede tampoco entenderse la actividad del cuerpo sin la información del alma; así no puede cumplirse plenamente la actividad de la Iglesia sin la civilización cristiana y no puede verificarse ésta sin la información de la Iglesia.

“*Con razón — dice León XIII en Libertas — se ha comparado esta conformidad, (la de lo temporal con lo espiritual, de la Iglesia con el Estado), a la unión del alma con el cuerpo, igualmente provechosa a entrambos, cuya desunión, al contrario, es perniciosa, singularmente el cuerpo que por ella pierde la vida*”. Sabido es que esta comparación viene de la más antigua tradición eclesiástica y es consignada definitivamente por Santo Tomás en la Suma (II. II. 60, 6, ad 3.) cuando escribe: *Potestas secularis subditur spirituali, sicut corpus animae*.

Las dos causas constitutivas de la civilización cristiana son, como causa material, los individuos, familias, asociaciones particulares, Estados y concierto de Estados, y como causa formal, la Iglesia. Sólo tenemos civilización cristiana, cuando estas realidades, de orden natural, reciben información de ser y de acción de la Iglesia. Y si tenemos presente que, en el orden de realidades naturales, ninguna hay más alta que el Estado y el concierto universal de Estados, podemos decir con el constante magisterio de la Iglesia que la civilización cristiana se logra en el concierto del Sacerdocio y del Imperio.

Sería entonces grave error concebir la civilización cristiana *analogicamente* como si fuera una realidad que puede lograr multiplicadas concreciones esencialmente diversas. Supondría ello que se concibe la unión de la Iglesia con lo temporal, no a manera de una unión substancial, en la cual entra aquélla como causa formal y ésta como material, sino a manera de causa eficiente y efecto en que la Iglesia, desde fuera, produce diversos individuos de vida temporal, que pueden ser específicamente idénticos y también esencialmente diversos.

Esta concepción, subyacente en el pensamiento del *Humanismo Integral* de Maritain, está contradicha por toda la tradición eclesiástica, como hemos afirmado. Es claro que si la Iglesia se une a lo temporal como el alma al cuerpo, al no haber sino una

## SUMARIO

NUESTRO TIEMPO: *La Majestad del Poder. — Post-Guerra. — Palabras de Gobernante. — Un episodio. — La Cruz en el Río. — JULIO MEINVILLE: Los dos universalismos. — La Itala “Unam Sanctam” de Bonifacio*

VIII. — ENRIQUE MIGUEL FELTZER: *Idea de la Europeidad. — JUAN MIGUEL BARGALLÓ CURIO: Ubicación de la Política. — SANTIA-*

GO DE ESTRADA: *San Silvestre, Abad. — BELISARIO: Desde Los Angeles: Una Carta. — HORACIO SCHIAVO: Canto. — JUAN ANTONIO BALESTER PEÑA y FRANCISCO FORNIELES: Dibujos.*

sola y única Iglesia no puede haber sino una sola y única civilización cristiana. Porque no pueden multiplicarse ni diversificarse los seres si no se multiplican las formas. Y como en este caso, no hay sino una sola y única forma, no puede haber sino un solo y único individuo, a través de la historia, después de Cristo, que es la civilización cristiana. De aquí que Pío X hable invariablemente de la *civilización cristiana*.

Civilización cristiana que como todo individuo, compuesto de materia y forma, realizará la órbita de su desarrollo, progresivamente, pasando de edad en edad; y aún en una edad determinada adquirirá una actuación más o menos perfecta de lo temporal, adquiriendo brotes y ramas nuevas y perdiendo otras; pero estas modificaciones que le acaecerán *ex parte materiae* no son suficientes para exigir, no digo ya seres esencialmente diversos, pero ni siquiera individuos nuevos, así como un mismo e idéntico individuo es el cedro, encerrado en la simiente y que luego extenderá sus grandiosas ramas, las que a su vez desaparecerán para dejar paso a nuevos brotes, sin que ello autorice a imaginar nuevos cedros y mucho menos a afirmar que el cedro se verifica *analógicamente* porque la semilla y el cedro en todo su desarrollo parecen efectos esencialmente diversos.

Mientras no haya sino una sola y única Iglesia no puede haber sino una sola y única civilización cristiana, que podrá considerarse en un número de situaciones muy diversas, como la cristiandad de Constantino y de Bizancio, o de la Edad Media, o de la edad moderna y actual, pero que será siempre una sola y única *Cristiandad*, en diversas edades, con troncos y ramas de diversos follajes y aún con ramas que estuvieron otrora vivificadas y ahora yacen inermes y secas, pero siempre del mismo y frondoso árbol.

Esta civilización cristiana es el reino temporal de Cristo contra el cual trabaja incesantemente el enemigo de Cristo. "No hace falta decirlo, venerables hermanos, — escribe Pío X en *Il fermo Proposito* — *qué linaje de prosperidad y bienestar de paz y concordia, de respetuosa sumisión a la autoridad y de acertado gobierno se lograría y florecería en el mundo si pudiera efectuarse por entero la cabal idea de la civilización cristiana. Mas una vez admitida la guerra continua de la carne contra el espíritu, de las tinieblas contra la luz, de Satanás contra Dios, no es de esperar tamaña fortuna, al menos en su plenitud. Pues a las pacíficas conquistas de la Iglesia se van haciendo infracciones continuas, tanto más dolorosas y funestas cuanto la humana sociedad propende más a regirse por principios adversos al concepto cristiano, hasta apostatar totalmente de Dios.*

Y por esto, mientras la Iglesia ha ido edificando la ciudad cristiana, la Contra-Iglesia ha ido trabajando para edificar la ciudad del Anticristo.

De aquí que si hay una continuidad en la Cristiandad a través de la historia, pueda observarse también una continuidad en la labor anticristiana. Parecería que detrás de la Reforma Protestante, del filosofismo, del liberalismo, del socialismo y del comunismo, hubiera una sola y única mano que moviera, con un solo y único plan, los más diversos titeres. Y hoy, cuando por el perfeccionamiento técnico han desaparecido las distancias de tiempo y de espacio, y todo cuanto acaece en el mundo se plantea en términos universales, esta acción de la Iglesia por un lado y de la Contra-Iglesia por otro pone en evidencia que, aun en el plano de la dirección universal terrestre, si hay una mano —de carne y hueso— que dirige la ciudad cristiana y es el Pontífice de Roma, también hay otra mano que dirige los planes de la ciudad universal del Anticristo, y de la cual los movimientos del liberalismo y del comunismo y los jefes de muchos Estados no son sino dóciles instrumentos. Pero esto exige otro desarrollo.

JULIO MEINVILLE.

No hay duda que los argentinos nos sentimos europeos, sentimos a Europa: actualmente, por lo menos, sentimos morir a Europa; vemos que entre los desenlaces de nuestra historia actual está el de la destrucción y ruina de Europa.

Pero si Europa puede morir es porque en ella hay una vitalidad, una forma europea: la europeidad, cuya desaparición constituiría precisamente la muerte de Europa. Esa forma europea, en cuanto existente en la inteligencia, abstraída de la concreción en que se nos presenta y concebida como una realidad en sí, constituye la idea de la europeidad.

Y ante todo, notamos que Europa, no obstante estar constituida por muchos y diferenciados miembros, con características geográficas, lingüísticas y raciales propias, forma una unidad, es una unidad. Y precisamente es la europeidad la forma que, actuando esa materia múltiple y compleja, reduce a un solo ser, la dicha multiplicidad potencial. Y como ese principio que une tan diversos elementos, rebasa las diferencias de sangre, clima y lengua y logra la unión de lo diverso en una esfera que es del orden humano en cuanto humano, es decir, en cuanto racional o espiritual, se sigue que Europa es una unidad en el obrar espiritual del hombre, es una unidad de cultura.

## IDEA DE LA

Los pueblos europeos, a pesar de su origen diverso, de familias humanas distintas, han logrado una unidad espiritual —una cultura— que les da una comunidad de ser y de vida, una *convivencia* superior y más amplia que las meras sociedades particulares, y así, los italianos, españoles, franceses, alemanes, ingleses y nosotros mismos, por encima de considerarnos como tales nos consideramos como europeos.

Pero aunque la europeidad, unidad de Cultura que se mantiene en la línea entitativa humana, no debe identificarse con realidades suprahumanas como son las del orden sobrenatural que el Verbo, con Su Palabra y con Su Sangre ha traído a la tierra, si tenemos en cuenta la condición actual de impotencia, en que, a consecuencia del pecado de origen, viene a este mundo el hombre —hombre-individuo, hombre-familia, hombre-nación, hombre-humanidad— hemos de admitir que la europeidad no es una forma de ser ajena a la religión sobrenatural de Jesucristo: la Santa Iglesia Católica. La europeidad es cosa distinta de la Catolicidad, pero, no puede nacer, crecer y desarrollarse sino a su amparo, así



## SAN SILVESTRE, ABAD

Pertenecía a una familia ilustre de la Italia medieval, no extraña a las preocupaciones de la antigua nobleza pagana. Su padre, queriendo hacer de él un auténtico "cices" romano, lo encaminó hacia el derecho y la jurisprudencia, pero Silvestre, llamado a un destino más alto, no tardó en trocar los estudios jurídicos por el saber teológico. Este cambio de rumbo le acarrió un serio disgusto doméstico; sin que ello fuera óbice para su dedicación entusiasta al servicio divino, durante diez años debió sufrir calladamente la injustificada indignación paterna.

No tardó en obtener dignidades eclesiásticas que le daban jerarquía e indiscutida autoridad sobre la cristiana sociedad de su tiempo; los fieles acudían a escuchar su palabra, y bien pronto alcanzó nombradía de docto. Al abandonar las cosas profanas había pretendido desasirse del mundo, mas el mundo venía ahora a su encuentro, y, aún cuando su reputación sólo fuese añadidura de su celo por la gloria de Dios y la salud de las almas, no dejaba de atarle, de distraerle y, hasta cierto punto, de apartarle de "lo único necesario". Podría decirse que, enredándose en las consolaciones de Dios, corría

el riesgo de olvidar al Dios de las consolaciones.

Pero la Providencia vela especialmente sobre los elegidos. Como madre prudente, sin alarde ni ruido los coloca frente a hechos o situaciones que hablan por ella para quienes saben tener atento el oído a los dictados de Dios. Así, Silvestre, en una oportunidad en que asistía a los funerales de cierto noble recién fallecido, dió con el sepulcro de un pariente suyo, varón que fuera famoso en vida hasta por su hermosura; la tumba abierta dejaba ver el cadáver, ya deforme y semiputrefacto; ¡era lo único que quedaba de toda su aparatosa honra! "Yo soy lo que éste fué; lo que éste es, yo seré", pensó y dijo el Santo.

Vió así la verdadera separación entre los bienes del mundo y los bienes impercederos, entre el Tiempo y la Eternidad. Vió cómo Pasado, Presente y Futuro son tres momentos del Tiempo que se resuelven siempre en el primero de los tres, ya que al fin de cuentas la cuestión se reduce a que un instante suceda a otro instante. Como diría más tarde Monique, convenía pues juzgar sabiamente y dar lo no venido por pasado... ¿Para qué deleitarse con la fama de sabio y de santo?

# EUROPEIDAD

como la floración de nuestros valles no podría existir sin la radiante luz del sol.

Porque Europa es una entidad humana y porque lo humano no alcanza su plenitud y perfección sino en el clima sobrenatural, la europeidad no puede existir sino en conexión con la Santa Iglesia: Europa fue fundada bajo el signo de la Cruz, es sobre todo obra de la Iglesia. Ella la formó infundiendo aliento sobrenatural en las estructuras grecorromanas enraizadas con el aporte de los pueblos bárbaros. La *Cristiandad* que de allí resultó fue el modo habitual de vivir Europa. En ella alcanzó la unidad plena; unidad política, bajo un Emperador; unidad psicológica, el "homo europæus" con un modo peculiar de entender y de sentir; unidad moral y de cultura, derivada ella de la unidad religiosa. En la Cristiandad se logra la maravillosa jerarquía de los valores humanos, centrados alrededor de los valores Divinos, de Dios, suprema y total aspiración del hombre. Hay un verdadero y legítimo totalitarismo por una tensión de todas las energías humanas hacia Aquel Todo trascendente que centra en un fundamento absoluto las relativas cosas del hombre.



¿Valdría acaso la pena haber desechado el brillante porvenir soñado por sus padres para caer luego en las redes que el mundo volvía a tenderle?

Silvestre meditaba de esta manera sobre el futuro, pero lo hacía "piadosamente", es decir, sin desesperación ni sentimentalismos estériles, sino recogido en el santo temor de Dios, con los ojos del alma puestos en la voluntad adorable del Señor, que es Padre y dispone de la vida y de la muerte según conviene a su Gloria y a la salud de sus hijos. La vista de esos reatos que yacían en su presencia le recordaba cómo la muerte, más que el punto crítico de un proceso de destrucción, marca cada vez más el comienzo de la Vida por excelencia. Ese hombre, cuyos eran los despojos, ¿gustaría esa Vida, mil veces más intensa, mil veces más real, mil veces más apetecible que la nuestra, a no ser que un sucesivo apego a las cosas que la muerte destruye no le hiciera padecer una muerte mil veces más intensa, mil veces más real y mil veces más horrible.

El santo, habiendo comprendido la lección, decide morir para el mundo y vivir solo para la Eternidad. Deja entonces la ciudad, encándose de sus admiradores y se refugia en tierras del noble Conrado. Lejos del trato de los hombres se entrega a la Oración, al Ayuno y a la Penitencia, hasta que, una vez des-

La Iglesia formó la Cristiandad integrando sobrenaturalmente la romanidad, el *Imperium Romanum*, en el cual, el carácter de universalidad del Lacio se adaptaba a la Catolicidad de la Iglesia y de la Redención, y la primacía de la inteligencia que caracterizaba al hombre griego se ajustaba al primado del Dogma sobre la Moral que distingue a la Iglesia.

La "Romanitas" es la base y el fundamento, en el orden de causa material, de Europa. En este sentido, si Israel fué el pueblo de las Promesas y si Grecia tuvo la vocación de la Filosofía, Roma tuvo la de la Historia. Sólo Roma fué verdaderamente *Imperium*. No hay *Feneceidad* ni *Helenidad*, sólo hay *Romanidad*.

La ciudad latina extendió sus principios civilizadores a muchísimos pueblos que no eran latinos, los adoptó, los *civilizó*, es decir, les dió las costumbres de la *civitas*. Tomó y universalizó los aportes positivos que estos pueblos traían consigo y dando al mundo las costumbres de una sola ciudad, logró la unidad del mundo y la universalidad de la Ciudad. El Imperio Romano pues no fué exclusivamente latino, sino universal, y por eso no es lo mismo *Romanidad* que *Latinidad*.

La Romanidad constituye pues el fundamento y la materia sobre la cual y de la cual

formó la Iglesia a Europa. Y si luego Europa se extendió a otras regiones que no fueron provincias del Imperium, ocurrió ello, porque Roma mantenía su misión imperial, ya que Europa no es otra cosa que la Romanidad bautizada por la Iglesia.

La Romanidad, después de su bautismo, pasó por las tinieblas purificadoras de la edad Oscura y llega a su magna culminación en la Cristiandad Medieval.

La Modernidad, que introduce la división en Europa, desplazando su eje del Teocentrismo al antropocentrismo, acarrea también su paulatina destrucción y amenaza con traerle la muerte. La Revolución Moderna termina en la Regresión y la barbarie.

En 1500 estalló la herejía, la "gran herejía", pues la Reforma fué la que más graves consecuencias trajo a la Iglesia y a Europa, llegando a desligarlas entre sí y a producir una Europa no Cristiana y aún positivamente anticristiana. Pero conviene tener presente que junto ella, y tal vez tan fuertemente como ella, otros procesos influyeron y provocaron la Revolución. El ser de ésta es efectivamente, muy complejo; no fué la modernidad una herejía, o un error filosófico o una revolución o una reforma o un pecado, fué todo eso, pero producido conjuntamente, fué herejía y error y revolución y pecado y reforma...

Pero entre todos esos elementos podemos destacar dos; hubo dos constantes o rumbos principales que, una vez producida la herejía protestante, fueron los que en realidad Reformaron a Europa y la Modernizaron: la formación de una cultura distinta y contraria a la Católica y la ruptura de la unidad; y significaron la muerte de la Cristiandad por que la Cristiandad consistía precisamente en lo contrario: en la Cultura Católica y en la unidad europea.

Entre esas dos constantes, por otra parte, hubo una unidad de acción: la destrucción de la Cultura Universal, al hacer que hubiera distintos modos de obrar en lo espiritual produjo la ruptura de la unidad imperial y la formación de diversos núcleos que fueron absolutamente independientes: las naciones. Se perdió, con lo primero, la unidad espiritual lograda por la Iglesia; con lo segundo, se echó por tierra una obra aún más antigua, se perdió el sentido imperial y la unidad política que la Romanidad había impuesto en Europa con el hierro de sus legiones, la política de su Senado y el estilo clásico de su espíritu latino.

Pero a pesar de haber vencido la modernidad a esos factores fundamentales de Europa, ésta siguió siendo Europa y deberían transcurrir varios siglos hasta que la regresión pueda amenazarla de muerte. Durante la edad Moderna hubo una cultura que a pesar de ser anticristiana y antirromana fué europea, y, sin embargo, ¿no era Europa obra de la Romanidad y de la Iglesia?... Sí, pero al renegar Europa de ambas no pudo borrar las huellas que le habían marcado y toda su acción llevará esos sellos que definen lo Europeo culto y clásico frente a lo Asiático, inferno y exótico y lo Africano, bárbaro y salvaje.

Europa conservó entre otras cosas el sentido de su misión y tratará siempre de expandirse, de regir al mundo, de imponer sus costumbres, sus idiomas y su derecho; también conservó el sentido de la personalidad, nunca se la podrá confundir con las masas asiáticas, incalculables, con esa Asia extensísima que empieza en el mar Báltico y termina en el golfo de México...

Pero lo que mantiene a Europa, lo que sobretodo la hace tal, es su universalidad, pues, aunque perdiera la unidad imperial de Roma y la información Sobrenatural de la Iglesia, conservó la universalidad de las dos instituciones; los valores europeos son valores universales; cuando la vieja Europa piensa, piensa por todo y para todo el mundo y lo mismo cuando obra, cuando lucha, cuando mata, cuando peca y cuando reza...

SANTIAGO DE ESTRADA.

ENRIQUE MIGUEL FELTZER.

# PALABRAS DE GOBERNANTE

*Reproducimos las palabras del Presidente del Consejo de Ministros, Dr. Oliveira Salazar, en el banquete de confraternización de la Fuerza Armada, de mayo del etc. año.*

Acabamos de oír, por la voz del señor Subsecretario de Guerra el "Discurso de la noche". Mejor, porque me dispensa de largas consideraciones y me permite el restringirme a presentar mi profundo agradecimiento y ligeros comentarios.

Debe el País a la Fuerza Armada el inestimable servicio de haber creado, con su intervención, las condiciones necesarias al resurgimiento portugués, cuando parecía deber desistirse para ese efecto del juego normal de las fuerzas políticas o sociales de la Nación. Y, sin embargo, el frío examen de los hechos permite concluir que en aquella arrancada magnífica, llena de entusiasmo, de fe, de juventud, de ardiente patriotismo, se corrieron graves peligros. Sería el primero no ser posible el definir para el movimiento que se presentaba más instintivo que razonado, más seguro de lo que *no era* cierto de lo que *había de ser*, los principios positivos de la orgánica del Estado, de la Administración Pública y de la ética nacional, aspiración suprema y única finalidad plausible de la intervención del Ejército. El segundo peligro estaba en que, en la ausencia de clase rectora política, que quisiese servir a la Nación, el Ejército tuviese que tomar sobre sí ese encargo y se transformase en partido militar. El tercer riesgo sería, consecuencia del anterior, si ocupada en la función política, embarazada en los recovecos de la administración pública, la fuerza armada perdiese la oportunidad de prepararse técnica y moralmente para misiones más altas que la evolución de los acontecimientos en Europa pronunciaba y empezaba a imponer.

Podemos hoy decir que, gracias a la prudencia de unos, a la dedicación de muchos y al desinterés de todos, se pudieron evitar las peligrosas contingencias del acontecimiento y al mismo tiempo se salvaron el Ejército para la Nación y la Nación para sí misma. A la luz utilitaria de las cosas se podría concluir que el Ejército nada lucró. Personalmente, directamente, no; hasta debe ser esto mismo su orgullo pues que existe para servir, pero la gloria de haber salvado una vez más a la Nación le basta a su patriotismo.

## LA MAJESTAD DEL PODER

Los Pontífices romanos en los documentos promulgados para la Iglesia universal, en la última centuria, asignan primordial significación a la Majestad del Poder en la obra de restauración de la Cristiandad. León XIII particularmente que se refiere a ella en las más importantes de sus encíclicas, le dedica totalmente una, la *Diuturnum illud* del 28 de junio de 1881, donde recuerda una vez más, la doctrina apostólica que "no hay potestad sino de Dios". Y las famosas encíclicas *Recurramus Navarum* de León XIII y *Quadragesimo anno* de Pío XI ven en el poder un factor indispensable y primordial para la solución de la agitada y urgente cuestión social.

Pero si la Majestad del Poder es tan decisiva en el reordenamiento de la vida humana, es fácil colegir cuán perjudicial resulta su ejercicio cuando se emplea para desorganizar la armónica trabazón social.

Estas reflexiones no pueden uno apartarlas de sí, cuando se leen atentamente las declaraciones que ha formulado recientemente uno de los primeros funcionarios del país,

refiriéndose a graves problemas, cuya solución interesa a todos cuantos anhelan el bienestar de la patria. En ellas, con lenguaje henchido de presuntuosa suficiencia se formulan apreciaciones y amenazas que no conciben con la majestad del Poder.

Por otra parte, sabido es cuán ineficaces y peligrosas resultan las soluciones sociales que consideran los problemas *aisladamente* y les aplican soluciones del tipo *standard*, sin tener en cuenta las innumerables circunstancias de los casos concretos y confían ingenuamente en la omnipotencia de la ley o de la fuerza.

Como hemos comentado en el número anterior, no hay duda que en muchos casos la situación del peón de campo, entre nosotros, es sencillamente humillante. Pero ello no autoriza cualquier expediente de que se quiere echar mano para remediarla. Porque si no se obra con prudencia, no solamente no se le ha de poner remedio, sino que se pueden producir graves trastornos que perturben aún más la armonía de clases, ya harto vacilante, y se puede obstaculizar el necesario y legítimo desarrollo de la riqueza agropecuaria. Son estos precisamente los graves inconvenientes del reciente Estatuto del peón. Ya ha comenzado a producirse en muchas provincias y territorios el despido en masa de la peonada. Creer ahora que se podrá conjurar esta crisis con amenazas de expropiación o del recurso a la violencia, resulta impropio; y ello no ha de servir sino para ahondar la tensión y el odio entre patrones y jornaleros que debe evitarse a todo precio. Sobre todo que, injustamente se descarga sobre los estancieros la culpa de males de un régimen económico de los cuales son ellos las primeras víctimas. A nadie se le puede ocultar que es un fenómeno universal del régimen capitalista la desventaja lucrativa en que se halla la explotación rural frente a la industrial y a la comercial, sobre todo del dinero. Por otra parte, es asimismo injusto colocar en pie de igualdad al pequeño, mediano y gran productor rural. Posiblemente pueda éste, sin grave daño, resistir la aplicación del Estatuto. Pero no aquéllos que, empobrecidos ya, están condenados a desaparecer.

De donde ha de resultar que una medida que no traerá remedio a los males reales del asalariado de campo, provocará grave detrimento a las pequeñas y medianas economías rurales, en beneficio a la postré del capital financiero que continuará su proflera e inextinguible especulación territorial.

En relación con esto último, es interesante observar como el empeño por aplicar el Estatuto del peón, en perjuicio de los productores rurales coincide con la anulación del sabio decreto sobre las corporaciones rurales que se proponía independizar a los productores del juego de los especuladores internacionales; coincide también con el aumento de los fletes ferroviarios y coincide por último con la probable adopción de una serie de

medidas en contra de los productores de cereales.

En suma; la majestad del Poder desplazándose en detrimento de nobles intereses del país.

NUESTRO TIEMPO.

## POST-GUERRA

En un artículo reciente (1) Sumner Welles ha tenido la feliz idea de ocuparse de los proyectos recientes de organización internacional preparados por los representantes de las grandes potencias en la llamada Conferencia de Dumbarton Oaks.

Decimos la feliz idea porque es de justicia reconocer que —con todos los reparos que puede oponerles un criterio actual e hispano-americano— los artículos de Welles constituyen la única rendija por donde se cuela la luz sobre ciertas cuestiones en el ambiente de los grandes diarios. Y en este caso por la rendija penetra luz a raudales.

Se sabía por lectura directa que la proyectada organización internacional de referencia significaba una desembozada traducción jurídica de la condición predominante que la descontentada victoria comportaría a las cabezas de las Naciones Unidas.

El artículo de Welles subraya el interesante dato que ni los Estados Unidos ni Rusia están dispuestos a entrar en la organización, a menos que su representación en la misma goce de derecho de veto para paralizar todo juicio desfavorable que pudiera formular la organización sobre su actividad futura.

En pocas palabras —y sin entrar en detalles técnicos— Estados Unidos y Rusia aspiran a una asociación de naciones en la que haya no sólo primeras potencias y estados de magnitud secundaria, sino estados regidos por la norma positiva de la asociación y estados situados por encima de esa norma, estados que dictan derecho al que no están subordinados y estados subordinados a un derecho que no dictan.

¿Es otra acaso la definición del imperio?

Todo el mundo sabe para que fueron a la guerra las Naciones Unidas. Para poner fin al régimen de agresión, para sustituir la norma del derecho a la de la fuerza, etc. Pasa la hora de los tópicos y suena la hora de las realidades, y nos encontramos —se encuentran los ingenuos mejor dicho, si es que tienen posibilidad de enterarse de algo— que la norma del derecho a que se aludía es la viejísima norma del derecho de guerra, norma que se dicta y que no se recibe. Sólo que un viejo "juranaturalista" se hubiera horrorizado ante la idea que el derecho de guerra pudiera imponerse a quien no fuera el vencido, a los neutrales y a los aliados (¡Oh, felices colaboradores de Río!), insospechada extensión del "vae victis".

Enormemente instructiva resulta una mi-



rada hacia atrás. La lectura conjunta del plan de Dambarton Oaks y del Pacto de la Liga es la más provechosa lección de historia que puedan ofrecer estos tumultuosos tiempos. Esa lectura conjunta enseña el hecho clamoroso que pretende escamotear la periodística farfalleja. Que la Santa Alianza de las democracias lleva dentro la misma herida mortal con que nació la Santa Alianza de las monarquías, o el Sacro Imperio de Fernando III, o la República Romana de Colón di Rienzi. Que la condición irreversiblemente temporal del hombre constituye la más aplicable limitación a su espiritualidad libre. Que no es posible recomenzar con un "diciamos ayer" lo que se interrumpió hace veintiseis años. Que no se puede declamar contra la "realpolitik" cuando sus evidencias se han posesionado del ámbito mental del que declama. Que el discípulo que ha llevado hasta las últimas consecuencias las virtualidades de error no tiene títulos para apostrofar al maestro.

Si la acerada clarividencia de Spengler fuera en esto certera, si el cesarismo constituye la única posibilidad inmediata de futuro para el mundo, puede conjeturarse que una victoria alemana hubiera podido jalonar ese pretendido destino inevitable, pero no hay duda que la victoria de las Naciones Unidas, marchando por los carriles señalados por Mr. Welles, proporecionaría a Spengler el argumento más concluyente.

NUESTRO TIEMPO.

(1) "La Nación", 15 de noviembre.

## DESDE LOS ANGELES: UNA CARTA

Querido tío:

Se me ocurrió conocer Los Angeles y aquí me hice en un hotel discreto, donde —como imaginarás— aforo los succulentos asados y abundantes pastas de la pensión de doña Paula y donde —*chinité*— debo comer a los apureños, precarios purés, revoltijos con salsas blancas, jugo de tomates pálidos, mala cerveza y vino caro. Ayer, mientras caminaba al azar, me detuve ante un edificio enorme, con ventanas, ojivas y enormes adornos barrocos, con enormes jardines y escaleras en una avenida enorme. Casi un kilómetro caminé para saber qué era, circunvalándolo por su fachada posterior, su parte lateral y su frente: resultó ser la Universidad. Plata al frente, con árboles, canchales, balcones, muchas chicas y pocos muchachos.

¿Te contó que uso barba? Pues sí: tiene

cinuenta y seis días y me da un aspecto formidable. Me parezco un poco al Facundo de las tapas de los libelos en verso que se ven en vidrieras y ventas de libros del paseo Alem. Me la dejé un poco por economía, pues las hojitas de afeitar están a dólar por decena en este país en que el acero es material hipererótico y donde todo es caro menos los diarios y la Coca Cola.

Bueno, con barba y todo masculé un: "permiso" y me senté al lado de una pareja. Y ahora llegamos al tema de esta carta, que parecería baladí si no tuviera sus encantos y su importancia. ¿Recuerdas de Mary Betty, así la llamaban sus amiguitas, esa chica rubia, tostada, alta, que todas las tardes en Belgrano R salía con su madre a recibir al papá que llegaba del Centro, gerente de una casa inglesa de casimires de la Avenida de Mayo? Tenía quince o dieciséis años, ¿la recuerdas? Yo la reconocí enseguida —con emoción te confieso— en la compañera accidental del banco. Hablaba, sin cuidarse de este presunto extranjero agazapado tras la barba con su vecino, también rubio, pero pecec, de anteojos con vidrios gruesos, mispe seguramente, sin fogosidad, sin juventud, sin barbas. De parte de él se realizaba una tentativa de idilio nasal, convencional, irrealizable, frente a esta Palas Atena sin casco, pero con boinita azul marino, con una leve sonrisa burlona que "juzgaba" al americano. Después de un rato, lo ví alejarse rumiando chicle. Se levantó casi sin mirarla con una cara que parecía de alivio: son raros estos mozos, y ella se quedó moviendo la cabeza, mientras, al querer abrir el libro que llevaba: Martín Fierro, se le cayó una revista que al recogerla reconoció: ¡Patoruzú!

Puedes imaginarte mi alegría al ver después de cinco meses esos vestigios de la patria lejana. Más bien, no puedes imaginarte: es algo que hay que experimentar para apreciarlo. Al entregarme la revista, le dije: ¿Qué tal Mary Betty. Me dí a reconocer y comencé la charla, pareja y tendida más de una hora, de su parte en argentino porteño, con leve acento extranjero. Es pensionista de la Universidad adonde vino a estudiar literatura española, filosofía y contabilidad. ¿Sorprendente? No: nada debe sorprendernos. En el modo de esta raza —sus padres son ingleses— no es extraño que envíen a sus hijos desde Buenos Aires a estudiar en Norteamérica literatura castellana, ni que quepa en el programa de especialización la mezcla de filosofía con la contabilidad. Pero me confesó que estaba cansada con el sistema de la enseñanza: mucho de memoria y a gran velocidad, con altoparientes en las clases y con textos cargados de citas erradas. Su refugio era Martín Fierro que ella sola —entre sus compañeros— entendía. Me explicó que los yanquis no comprenden las obras de imaginación, salvo las de tema policiaco y mucho menos los relatos inactuales o de ambientes desconocidos. Les aburre el pas-

do, cualquier pasado, aún el de su propio país y se animaba a asegurarme que hasta el pasado individual no las interesaba: viven, me decía, devorando su presente, encerrados en un yo vacío, solicitados por lo superficial y fácil: un país sin historia, un aljibe sin agua en el que se baldea aire.

¡Pobre Mary Betty! Tenía tal acento de congoja cuando vertía con su voz clara, sin inflexiones, el resumen de sus juicios y de su experiencia de dos años, que, para animarla me puse a desvariar sobre el momento internacional y mis noticias sobre política continental. Tuve el gusto de sentirla indignada y chispeante en su apreciación de la "buena vecindad" y me sorprendió diciéndome, al poner fin a la charla: "Vea, yo creo en mi país, y me siento cada vez más criolla. Temo sí, un poco el mañana, pero estoy segura de su pasado mañana". Es una chica inteligente, no hay duda.

La acompañé hasta su Universidad y después de despedirnos —yo regreso a Nueva York— me quedé con una profunda tristeza y un gran deseo de pasarme una tarde íntegra vagando por Buenos Aires que desde aquí la veo humana, europea, centrada. Creo que regresaré prontito. Saludos a mi tía y un abrazo de

BELISARIO.

## UN EPISODIO

La Cámara del Crimen ha amonestado ruidosamente al Fiscal Santiago de Estrada porque éste, impuesto como es debido de su papel, llamó, en cierta causa, las cosas por su nombre, con grave detrimento, sí, del honor clarísimo de los delincuentes.

Entre las ocurrencias públicas que, hoy, suceden aunque parecen increíbles, la que comentamos merece registrarse en una categoría sintomática. Tristes síntomas, desde luego.

Se nos hace difícil, con la dificultad de los sueños irracionales, imaginar cómo podrían los acusadores producirse sin calificar los actos y personas que violan la sociedad y cuáles serían las alternativas de un proceso en el que los reos convictos de los delitos mas vulgares pudieran, sintiéndose ofendidos, reclamar una santa indemnización por daño moral.

En adelante, los agentes fiscales han de ser muy cuidadosos en el trato con los señores criminales sin extremar la nota ni extender la requisitoria a límites ajenos a la medida curialesca.

Así, el eufemismo tan anacrónico y tan abandonado en el lenguaje corriente, en la vida normal de relación, se acoje, acaso con gran beneplácito de la culpafora forense, a la doliente sombra —y mejor que sombra, niebla— de los estrados del crimen. Pero esto, esto último, sería lo de menos.

Nosotros, siempre tentados de averiguar parentescos morales —imposible decir espirituales— advertimos en esta actitud del tribunal la influencia o el tono de los defensores de la persona humana. Nada peor que eso. (Ya se sabe: lo más humanitario es siempre lo más deshumanizado).

Si el tribunal de segunda instancia fuera a reducir el papel de acusador al papel de buen juez Magnaud, ¿sería incongruente, en la misma línea de afecciones, verlo presidir en pleno y de pleno derecho la Sociedad protectora de animales?

En fin, consideramos escandalosa este precedente, esta especie de jurisprudencia.

Puesto que, en el caso —antes que permitir faltar al respeto abstracto que merecen anónimos procesados se preferiría saber públicamente a quien, con la dignidad de su nombre y de su honrría de bien, ante los jueces representa al Estado.

Moraleja en proyecto: Si has de ser Fiscal considera al criminal.

NUESTRO TIEMPO.



## UBICACION DE LA POLITICA

Nada quizá tan funesto como la pretensión de entender una realidad desvinculada de todo lo que la rodea y asiste. Entenderla equivaldría entonces a desrealizarla, y no pasaría de ser un modo más de ignorarla. Porque la realidad, en alguna manera, constituye una unidad, cuyas partes todas ellas reales, se ajustan y combinan y cuyo entendimiento no puede por tanto conseguirse mediante un proceso radical de desarticulación. Por eso, también las relaciones que se establecen entre los seres que integran la realidad, forman parte de esa misma realidad, y aún más, representan un factor constituyente de ella. No se trata de realidades hechas y acabadas que tralen entre sí relaciones, se trata de realidades que se hacen en el juego de las mismas relaciones que ellas contribuyen a formar. En el orden de la realidad creada la causalidad recíproca, *el hacerse haciendo*, no constituye la excepción extraña, sino la regla corriente y natural. El hombre no escapa a esta regla, que en él alcanza su pleno sentido, pues abarca incluso el ámbito del espíritu.

Afirmamos (\*) del hombre que "por la razón, las relaciones que la naturaleza le enseña y las que él mismo con su propio artificio crea y entre todas las cuales se recrea, alcanzan también su plenitud de sentido". Sentábamos con ello por de pronto que entre las múltiples relaciones humanas, algunas las exige y postula la naturaleza misma, otras en cambio las anuda merced a la acción de su libertad.

Observemos en una breve digresión, que la actuación normal de nuestra libertad de seres creados, consiste en comprometer y sujetar al ser que la ejerce. Tal compromiso y sujeción en modo alguno importa un desmedro del ser que se somete. La pura libertad es una pura opción, y ésta mientras no se cumpla permanece en una abstención. El camino por el cual el ser perfectible asciende a la perfección, el camino de la integración, no puede ser el de la mera abstención. Exige siempre una elección y al elegir, la libertad pasa de la potencia al acto y se compromete en él. El ejercicio ascético no consiste en sólo afirmar la libertad, sino en ejercitarla rectamente. La libertad entendida estrictamente al modo del Rousseau del "Discurso sobre el origen de la desigualdad" es el puro abstenerse, es el de dejar de ser hombre a fuerza de pretender ser libre. De ello nos ilustran incluso, los ejemplos que de la libertad nos obsequia el ginebrino, cuando nos recuerda los pájaros que destronan su naturaleza contra las barras de las prisiones o las multitudes de salvajes completamente desnudas que desprecian la vida civilizada.

Retomando nuestro tema recordemos que en cuanto a las sociedades naturales por exigir su propia esencia, no puede el hombre profitar límites ni al fin a que tiende la sociabilidad ni a los medios con que se puede procurar este fin. Pero no obstante, su condición de ser racional, hace que sea libre la medida en que viva dentro de ellas, que sea menor o mayor la generosidad con que se entregue a ellas, que sea más o menos nitidamente la imagen de Dios en el rostro de cada uno de sus semejantes y el designio de Dios en el consorcio que con ellas constituye. Por lo tanto, aún superando la concepción de la vida social como vida gregaria y animal, que nos incorpora y fagocita, y donde el ser humano se resuelve en un padecer el inhumano medio que lo rodea, aún entonces se da para el hombre una alternativa: pues puede conformarse con sólo usar de la vida social según su conveniencia, o vivirla genuinamente como cosa realmente suya en una plenitud de amor y entrega.

La sociabilidad natural trasciende el ámbi-

to de la primera y fundamental comunidad humana que es la familia y por la unión de ellas se proyecta en una agrupación más amplia, que las contingencias históricas nos han enseñado a llamar ciudad, imperio o nación, y que sin desconocer ni desdenar las notables y distintas particularidades que en cada término se implican, reunimos bajo la común designación de *sociedad política*. No entendemos con ello, disolver aquellas auténticas realidades en una voz o un nombre, sino cubrir con éste las manifestaciones distintas de una de las eternas dimensiones del hombre. La unión de los hombres multiplica sus fuerzas y origina realidades humanas. Pone el hombre su intención en la actuación de éstas realidades que superan lo que el ser de la familia sería capaz de realizar, que superan lo que el ser de la familia sería capaz de dar a cada hombre. Cuando esta particular dimensión humana coaja en una realidad que la explícita y sostiene, aparece entonces la sociedad política, susceptible de una organización y sobre todo de una proyección casi ilimitadamente variada; pero una de to-

dos modos, por la unidad de la raíz que la alimenta.

Entre el hombre y la humanidad; la familia y la sociedad política constituyen agrupaciones naturales básicas, a través de las cuales el hombre crece y se aumenta en su propio ser poniendo a contribución en su provecho y según las posibilidades existenciales propias de cada lugar y momento, todo el ser sosteniendo y perfeccionando el ser de éstos. Es por eso que el hombre es siempre deudor de la humanidad en inmensa medida, y de ordinario acreedor sólo en escasa o nula.

Las condiciones que hasta hoy se han dado en la vida humana, y las que todavía soportamos, impiden que la humanidad exista en cuanto agrupación en algún modo organizada, pero no pueden impedir en cambio, la real existencia de un vínculo fraterno entre los hombres y la necesidad de que el mismo se respete y consolide cada vez más cumplidamente. No importará ello la desaparición de las agrupaciones políticas, como a su



## CANTO

¡Hay una voz señera; hay una cálida voz temblorosa que levanta hasta Vos su baluceo, Señor!

Hay una voz más que os conduce y que os pronuncia ante los hombres...

Pero soplan los altos vientos huracanados; toda la selva crepitando se incorpora; se consumen las ciudades en humos que se van.

Hay una voz señera sobre los escarpados.

Y nada ni nadie ha de apagar esta voz. Nada ni nadie podrá arrebatarle esta voz;

porque es un nido de luz que penetra y se recuerda;

porque tiene veinte siglos de estatura.

Que se olvide la garganta enamorada, que se apague el corazón enternecido, que la sangre y su fiebre se transformen en ramas y en retoños...

Que no pase, la voz.

Que no pase la voz, porque lleva vuestro Nombre sin palabras; el que se levanta desde los moribundos;

vuestro Nombre, que guarece el silencio, tan largo, de los muertos.

Vuestro Nombre, y la Cruz.

He aquí, Desconocidos de todas las partes del mundo; he aquí una voz, para la soledad.

He aquí, amigos de mi corazón, la única voz posible de mi amistad.

He aquí la realidad viva de mi voz, junto a vosotros. Mi realidad.

Lo negro y lo blanco —la selva y la Catedral—. Y la voz, reconstruyéndolo todo, vibrándolo, cantándolo, aventándolo todo por los caminos ocultos de la Humanidad.

Y para qué, si no, las palabras. Y para qué, si no, los tiempos dolorosos. Y para qué, la meditación y el encierro en la Noche ascendente, en mi larga Noche socorrida y corroborada.

Para El, y para vosotros que manejaís mi Canto ahora, para vosotros que tenéis mi latir en la boca y el oído, mi sangre ha despertado la fiebre de su mar.

Para El, y para vosotros, hago flor mi tiempo, hago sal mi espino y me doy a buscaros por todos los caminos de la Soledad.

Bienaventurado aquel que tenga su voz firme y se regocije en su alabar iluminado.

Bienaventurado aquel que haya nacido para construir y para recordar.

Sólo soy una voz; una pequeña voz que está temblando en el silencio de la Catedral.

Y vosotros estáis aquí, todos, aún los que no han llegado todavía; aún los que se han retirado ya.

vez la constitución de éstas en modo alguno ha debilitado a las familias, sino todo lo contrario. La familia es la agrupación mayormente natural y necesaria, y en la vida que implica pueden conjugarse las más altas virtudes del orden natural. Privada de su hábito espiritual esa vida sería sólo agrupación animal instintiva, y neutra a todo valor típicamente humano.

La agrupación política es de índole mayormente espiritual, no porque se la viva con mayor intensidad espiritual, sino porque naturalmente estamos inclinados a ella en menor grado, y debemos compensar esa falta de impulso con una mayor apetencia espiritual. La humanidad se encuentra en el punto límite. Se da de hecho y como posibilidad de convivencia, pero los obstáculos naturales a esa convivencia aparecen mayores que en todos los otros grados. Tanto más requerirá por tanto un afinamiento espiritual el progreso de su vida propia, y tanto más requerirá como condición de ese afinamiento espiritual, la perfección del ser del hombre a

través de su propia vida individual, familiar y política.

Hemos presentado al hombre imagen y semejanza de Dios, relacionado con El y con los hombres en el mundo de las cosas. Lo vemos preso en una malla de relaciones que lo vinculan con los seres todos y con todas las categorías de seres. La relación en cuanto ente —accidente—, del mundo de la realidad, implica la vinculación de dos existencias según la cual éstas coinciden de una manera particular y propia; y se da esa coexistencia en la influencia de un ser sobre otro o en la mutua influencia de ambos. La relación implica una alteración, una necesidad de salir de sí para hacerse otro o tenderse hacia otro, —ad alterum—, y de este modo alcanzar más cumplidamente el propio ser. Esta proyección de un ser puede explicarse o por una superabundancia de propio ser que se derrama en amor, como la palabra se derrama de la abundancia del corazón, y por antonomasia es éste el don del Ser que Dios nos hace en la Creación o el don de *Su Ser* que Xto.

nos hace en la Redención; o es por el contrario un salir de sí mismo para buscar fuera, todo aquello cuya falta padecemos, y esta última es la actitud del hombre que responde a su ínfima pobreza ontológica, y a su maravillosa capacidad de colmarla.

Es el buscar tantas veces ciego y desordenado a derecha o a izquierda, hacia arriba o hacia abajo, todo lo que la ateneante angustia denuncia como ausente en el propio centro ontológico. Y en el hombre entonces la relación se entabla antes que en razón de una superabundancia en fuerza de una miseria.

Entender estos principios, no deja de tener importancia para el entendimiento del problema político. Se trata de un problema humano en cuya consideración no se puede prescindir de todo aquello que esencialmente se refiere al hombre.

No crea el hombre la sociedad por un acto de su libre arbitrio, ni frente a ella puede definir su relación pretendiendo limitarla a una orgullosa exigencia de derechos. Existe en cambio, para contribuir a salvar las deficiencias y necesidades humanas. De sostener lo contrario, sería menester que el hombre en su propia immanencia poseyera todo aquello que necesita para desarrollarse hasta la plenitud de su naturaleza. Toda la vida exterior, no sería entonces humana porque no comprometería nada que fuera propio o radicalmente humano. Aparecería a lo sumo como un insalvable accidente frente al cual la única actitud razonable sería la de resguardarse y precaverse. La única vida auténtica resultaría entonces la vida interior. Pero no la vida interior del cristiano, diálogo del alma humilde que se abre a Dios y se cierra transitoriamente a las cosas sólo para escucharlo mejor, sino el orgulloso monólogo de la soberbia que se cierra a las cosas exteriores porque con frialdad las desprecia, y que ignora a Dios o lo aborrece.

Entonces sí resulta lógico demandar solamente seguridad y derechos, pero como no es sólo esto lo que falta al hombre, la medida en que debe *dar* y *darse* a la sociedad es muy distinta de la regateada y mezquina que la doctrina de los liberales pregonara.

Si fuera sólo seguridad lo que la sociedad pudiese incorporar a la vida humana, no aportaría la vida social nada específicamente propio. La seguridad no informa la conducta humana. Es algo extrínseco al acto humano. Puede facilitar y protegerlo, pero no lo define. La sociedad en cambio protege o impera un orden honesto o un orden justo de convivencia humana, y la honestidad y la justicia informan el acto y la conducta humanos, obran sobre ellos, desde dentro del hombre mismo.

El problema político no es un problema de origen; la sociedad política es contemporánea al hombre; por lo menos en la misma medida en que su propia naturaleza le es contemporánea. Allí donde se da el mínimo de realidad material necesario para soportarla, el espíritu humano instantánea e inevitablemente informará esa realidad, haciéndola sociedad política. Y desde entonces se operará una concausalidad, el hombre que concurre a la sociedad íntegramente —corporal y espiritualmente— y la sociedad procurándole ese mayor bien que una vez obtenido duplicará el aporte que a lo social el hombre hace.

Al progreso del hombre en el hallazgo de su ser, no corresponde por cierto una disminución del ser propio de la sociedad, sino por el contrario, una mayor perfección del mismo. No es lo social algo añadido al hombre. Lo social es la manifestación de la vida del hombre, y es al propio tiempo como el sostén, el pedestal y el medio en que esa vida se apoya y subsiste.

JUAN MIGUEL BARGALLÓ CIRIO.

(1) *Nuestro Tiempo*, No 7. "Ubicación de la Política".



Se puebla la Nave ilimitada de cabezas y de corazones innumerables y de vuelos y de palabras.

He aquí, en la Nave, frente al Coro, la abigarrada multitud:

Los Artistas y los artesanos; los soldados y los agricultores; los obreros de la madera y los del metal. . .

Todos los oficios representados. Y las mujeres y los ancianos y los niños. Todos. Todos convocados para alabar.

Tal vez ardan las ciudades, todavía; quizás, los negros humos se levanten aún por los cuatro horizontes;

y las hienas caminen por los campos hinchados, devorando a los hijos heroicos que no volverán jamás.

Tal vez se encuentren todavía entre los tréboles manos de pequeños; y vidriados, limpidos ojos que se quedaron fijos sin haber aprendido la lección.

Pero todo eso es de la selva. Y la selva crece y se transforma y modifica. Y sepulta, al fin. . .

Es llegado el tiempo de recomenzar.

Tal vez, sobre el silencio sin respuestas, encontréis la Entrada, oh Desconocidos convocados para alabar!

Alabado sea tu Poder, oh Dios de la Fuerza y de la Misericordia, Señor de la Bondad y de la Belleza.

Alabado sea el oculto sentido de tu Número.

Alabado sea el misterio de tu Silencio y tu Mirada invisible, siempre sobre nosotros.

Alabadas, tus Obras.

Alabada esta vida que me concedes y la otra, secreta, que me aguarda.

Alabado el milagro de nuestro encuentro y el sostén de tus brazos, siempre tendidos al navegante.

Alabada tu Luz, que cuando llega en la alta Noche, nos acompaña para toda la Eternidad.

Alabado, oh Tú, sobre las lágrimas, sobre la sangre, sobre la tierra, sobre el espacio, sobre tus círculos amorosos.

Alabemos a Dios en todo lo creado por su magnificencia.

Alabemos a Dios en el Fuego y la Paloma.

Y en el árbol, que calla.

Y en la flor y la estrella.

Y en el niño, que limita con todo lo creado.

Y en los hombres, y en las ciudades, y en las naciones.

Y en las vivas inteligencias de todos los astros.

Alabemos a Dios con altas músicas y con silencios, porque

El es el Silencio que se abre tras la Música de su Bondad, de su Belleza y de su Verdad.

HORACIO SCHIAVO.

(1) Fragmento del libro inédito "La Catedral Infinita".

# LA BULA "UNAM SANCTAM" DE BONIFACIO VIII

Reproducimos a continuación la bula dogmática de Bonifacio VIII sobre la subordinación de lo temporal a lo espiritual que fué promulgada contra las pretensiones glicanas de Felipe el Hermoso, el 18 de noviembre de 1302. Se llama dogmática esta bula porque comporta una definición ex cathedra, como se colige del tenor del documento. Su doctrina es inmutable como es inmutable la de León XIII en *Immortale Dei*. Refiriéndose a ella ha podido escribir Maritain en su *Primaute du Spirituel* (Roucau d'or, pág. 28): "Esta doctrina es inmutable. Ha podido presentarse bajo aspectos diferentes, pero en lo esencial no ha variado en el curso de los siglos. Lo que se llamaba en la edad media doctrina de las dos espadas, —al menos en el sentido de San Bernardo y de Santo Tomás de Aquino, como en el de los documentos pontificios— se identifica esencialmente con lo que se llama desde Belarmino y Suárez la doctrina del poder indirecto, al menos si se entiende ésta sin disminución. A quien mira con suficiente atención, detrás de las peripecias históricas, la substancia de las cosas, es una sola y única enseñanza, la dispensada por Bonifacio VIII en la Bula Unam Sanctam y por León XIII en la encíclica *Immortale Dei*; y para tener una idea completa del poder indirecto es necesario tener presente estos dos grandes documentos".

El conocimiento de esta doctrina es indispensable si no se quiere incurrir en graves errores históricos-sociales. Así un artículo sobre "San Gregorio VII" apareció en la revista *Concordia* de noviembre del etc. año y que firma Ambrosio Romero Carranza, está lleno de errores teológicos y de apreciaciones injuriosas para el Gran Pontífice y para la Sede Romana porque el articulista ignora que el Poder espiritual de la Iglesia puede intervenir en materia temporal, llegando hasta la deposición de los monarcas, siempre que así lo reclame el interés de lo espiritual. Estas intervenciones, frecuentes en la edad media, y con otro carácter también en la edad moderna, se dicen intervenciones en lo temporal *ratione peccati*, es decir en atención a lo espiritual. Maritain ha expuesto con singular claridad y fuerza esta doctrina en su *Primaute du Spirituel*, libro que como se sabe fué escrito para explicar la condenación de l'Action Française, que, bajo cierto as-

## NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual	\$ 10.—
Por semestre	\$ 5.—
Número suelto	\$ 0,20
Número atrasado	\$ 0,40
Primer número	\$ 1.—

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

pecto, revela el carácter de este tipo de intervenciones.

El texto que reproducimos es traducción fiel de los pasajes de la Bula que consigna Denzinger en su "Enchiridion Symbolorum".

JULIO MEINVILLE.

### BULA "UNAM SANCTAM"

Nos creemos firmemente y confesamos con simplicidad, y por urgencia de la fe, mandamos creer y sostener que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica, fuera de la cual no hay salvación ni remisión de los pecados, según lo proclama el esposo en los Cantares: "Una sola es mi paloma, mi perfecta, única es de su madre, escogida de la que la engendró" [Ct. 6, 8]; la cual representa un solo cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo, y de Cristo Dios. En la cual "un Señor, una fe, un bautismo" [Eph. 4, 5]. Y así leemos que en tiempo del diluvio el arca de Noé fué una, prefigurando la Iglesia una, su cubierta se consumaba en un codo, uno era su gobernador y rector, es decir Noé, y fuera de ella toda subsistencia sobre la tierra había sido borrada. A esta única pues veneramos al decir del Señor en el Profeta: "Libra, oh Dios, a mi alma de la espada, y de mano del perro a mi único" [Ps. 21, 21]. Ha orado pues por el alma, es



## LA CRUZ EN EL RIO

Cuando el Congreso multitudinario congregó en 1934 un pueblo en los jardines de Palermo, quedó explícitamente pronunciado un anhelo y un voto, subrayado —lo recordamos bien— por las aclamaciones de dos millones de argentinos: levantar una gran Cruz sobre la ciudad como señal, recuerdo, testimonio y resumen de la alegría de esos días en que la gracia del Señor andaba suelta.

Pasó el tiempo, gran prueba para cualquier propósito, y aquella idea ha vuelto a renacer y a hacerse presente. Las autoridades permanentes que tienen a su cargo la preparación de esas magnas asambleas, han dado nueva actualidad a ese voto planteando el problema de su emplazamiento.

De entre los proyectos que conocemos, hay uno lleno de sentido y que, de ser realizado, daría a la ciudad un sello para distinguirla y diferenciarla de otras, una señal antigua y

siempre nueva: una simple cruz, pero en medio del río.

Nada más elemental y al mismo tiempo más representativo de Buenos Aires y del país todo, que empujar esa Señal en el elemento caracterizante de esta ciudad propio de su geografía de planicie, en el río de la Plata, río del descubrimiento y del puerto, de su puerto y de su escudo, río de donde tomó su nombre de Argentina esta Patria.

En el proyecto que comentamos, la Cruz sería clavada dentro mismo del río a unos dos mil metros de la costa, para que sea bien visible desde grandes extensiones, mirando de la ciudad hacia afuera y para que se presente desde lejos como avanzada y mensaje a los hombres que llegan al país. Con el objeto de asociarla a la ciudad estaría situada frente a la costanera, en eje con la calle Corrientes, retirados —a ese efecto— unos cuantos galpones del puerto que le qui-

decir por el mismo, cabeza, y juntamente por el cuerpo, que llama "única" o sea única Iglesia a causa de la unidad del esposo, de la fe, de los sacramentos y de su caridad. Esta es aquella *única inconstituta* del Señor, que no fué partida sino sorteadá [Io. 19, 23]. Uno es pues el cuerpo de esta Iglesia una y única, y una, no dos como monstro, la cabeza, es decir Cristo, y como vicario de Cristo, Pedro y el sucesor de Pedro, según lo dicho por el Señor al mismo Pedro: "Apaciento mis ovejas" [Io. 21, 17]. Mis ovejas, dice en general y no singularmente éstas o aquéllas: por lo cual entendemos que le han sido confiadas todas. Si pues los Griegos u otros dicen que ellos no han sido encomendados a Pedro y a sus sucesores, manifiestan que necesariamente no son de las ovejas de Cristo: pues el Señor ha dicho en Juan, que uso es el rebaño y único el Pastor [Io. 10, 16].

La palabra evangélica nos instruye que en esa potestad hay dos espadas, la espiritual y la temporal... Ambas espadas, pues, la espiritual y la material, están en la potestad de la Iglesia. Pero ésta es usada para la Iglesia, aquélla para la Iglesia. Aquélla está en mano del sacerdote, ésta en mano de los reyes o soldados, pero a las órdenes y bajo el permiso del sacerdote. Es preciso que una espada esté bajo la otra, y que la autoridad temporal se someta a la potestad espiritual...

Tan claramente se nos manifiesta que la potestad espiritual debe proceder en dignidad y nobleza a cualquier potestad terrena, cuanto las cosas espirituales superan a las temporales... Pues en verdad, corresponde a la potestad espiritual instituir la terrena, y si no fuera buena juzgarla... Luego, si la potestad terrena se desvía, será juzgada por la potestad espiritual; si se desvía la potestad espiritual menor, su superior la juzgará, pero a la superior sólo Dios, porque el hombre no puede juzgarla. El Apóstol lo atestigüa: *El hombre espiritual juzga todas las cosas, y el mismo no es juzgado por nadie* [I Cor. 2, 15]. Y así pues, esta autoridad adó cuando dada al hombre y ejercida por el hombre, no es humana sino más bien divina, dada a Pedro por la boca de Dios, para él y para los sucesores de él, en cuanto había sido declarado piedra, fundamento, al decir el Señor al mismo Pedro: "Todo lo que atares", etc. [Mt. 16, 19]. Luego, cualquiera que resiste a esta potestad así ordenada por Dios, resiste a la ordenación de Dios, a no ser que finja como los Maniqueos, que hay dos principios, lo cual juzgamos falso y herético, porque según el testimonio de Moisés, no en principios sino en el principio Dios creó el cielo y la tierra. Por lo cual declaramos, declinamos, definimos y pronunciamos como doctrina enteramente necesaria para la salvación: que toda criatura humana está sometida al Romano Pontífice.

tan vista al río. El monumento, proyectado en grandes proporciones, erigiría sus cien metros de altura sobre una plataforma asentada en el lecho del río, que en esa zona es de poca profundidad —alrededor de dos metros— lo cual facilita su construcción.

A grandes rasgos esa es la idea que va cobrando mayor aceptación y que desde estas columnas la apoyamos con simpatía. Venos en ella la materialización, limpiamente resuelta, de un propósito que tarda en realizarse y el cumplimiento de una visión que pre-ció hace muchos años Rubén Darío, el poeta continental de la conciencia de nuestra América, cuando, con los ojos del alma puestos en el destino de este país de misión, profetizó diciendo: "Levanta, oh Argentina, la representación de la vida futura de la América nuestra frente de Buenos Aires".

N. T.